

Contemporánea



JULIEN
GRACQ

Los ojos
del bosque

DEBOLSILLO

Los ojos del bosque
JULIEN GRACQ

Prólogo de
Enrique Vila-Matas

Traducción de
Jacqueline y Rafael Conte

www.megustaleerebooks.com

PRÓLOGO

A lo largo de toda su vida, Julien Gracq ha sido siempre aquel hombre que uno de sus más antiguos amigos, Armand Hoog, describía en cautividad a finales de mayo de 1940: «Solo entre aquellos millares de hombres, un teniente de infantería permanecía acostado apaciblemente entre el tumulto; era Julien Gracq ... En el campo de Hoyerswerda, Gracq fue para todos nosotros un motivo permanente de irritación, de admiración... No nos gustaba nada aquel campo, aquella angustia del hambre, aquella miseria totalitaria. Que no nos hablen más de mística de la comunidad; ya hemos tenido suficiente. Pero aquel Gracq, el más individualista, el más anticomunitario de todos, el más feroz destructor de Vichy, soportaba cuanto ocurría allí dentro como si lo sostuviera su desprecio, *sin dejarse herir*».

Es más difícil herir a los solitarios, me digo yo ahora. Llevo días aquí completamente solo en este hotel-albergue de las Ardenas, llevo días tratando de aprender en la soledad a no ser más zarandeado por las heridas de la vida mundana. En el horizonte vislumbro cierta posibilidad de alcanzar algún día el ritmo de la envidiable vida serena y dúctil que lleva Gracq desde hace ya mucho tiempo en su retiro de Saint-Florent-le-Veil, su casa natal junto al río Loira.

Confío en volver a vivir pronto en la discreción y la tranquilidad en la que se desarrolló mi primera etapa como escritor, volver a los días en que Marcel Duchamp —cuyas tomas de posición ante la vida y el arte creo que tienen puntos en común con Gracq— era mi modelo existencial. Discreción, geometría, clasicismo, elegancia y calma. En el horizonte todo esto y también el que un día pueda contestar como Duchamp cuando ya tenía una cierta edad y le preguntaron cómo se encontraba: «Estoy muy bien. ... He sufri-

do las molestias que asaltan a todas las personas que tienen mi edad: ¡atención! Soy muy feliz».

Refugiarme en las Ardenas, por otra parte, está significando para mí *revivir* las circunstancias de silencio y de retiro por las que atraviesa la vida del oficial francés Grange a lo largo de *Los ojos del bosque*, esa novela que transcurre en las Ardenas y de la que se me encargó escribir un prólogo, que es el que ahora, tras unos tranquilos días de estudio de la vida y obra de Gracq y con el tiempo sublimemente paralizado, estoy ya escribiendo. La verdad es que no ceso de recibir lecciones de entereza literaria a cada momento, del mismo modo que no paro de ponerme en la piel de Grange, quieto ahí en las Ardenas, con el tiempo de su vida completamente suspendido. Gracq es absorbente. Cuando llegué aquí, creía conocer a este gran escritor, pero empiezo a ver que no era así. Gracq es interminable. Cuanto más me adentro en su hierática obra de prosa señorial y brillante pensamiento medieval, más fascinado y sorprendido me encuentro por el mundo de este clásico en vida (su obra está ya en La Pléiade), por el mundo de este sabio que es el patriarca más venerado de las letras francesas, el número uno de ellas («sigue siendo el Jefe», escribían el otro día en *Le Monde*), el maestro indiscutible, el escritor menos moderno de nuestro moderno mundo actual.

Afuera, la pesada lluvia de las Ardenas comienza a caer, pero su tamborileo, mientras escribo estas líneas, resulta apagado por la nieve. Mi albergue está cerca de toda esta zona que en 1940 fue el escenario de lo que se dio en llamar *la drôle de guerre* y que es el escenario de la búsqueda interior del joven oficial francés Grange. Estoy bien cerca de los lugares donde transcurre la acción de esta novela que Gracq publicó en 1958 y que fue la última de las suyas, pues tras ella se desvió del camino narrativo («ya no más novelas, el género exige una energía vital, una fuerza, una convicción que me faltan») adentrándose en sus cuadernos

de notas, muy especialmente en los *Carnets du grand chemin* y en otras obras fragmentarias de orden ensayístico. Y así hasta el día de hoy. Hasta el día de hoy cuando, por cierto, cumple noventa y cinco años, y aquí hasta la lluvia de julio parece celebrarlo.

La llamada *drôle de guerre* (es decir, la ridícula «guerra de chiste» o «guerra de coña») empezó en septiembre de 1939 cuando Alemania invadió Polonia y los pactos defensivos que unían a los polacos con Francia llevaron a este país a realizar en las Ardenas operaciones dirigidas contra un enemigo imaginario, operaciones o movimientos fantasmas del ejército francés que terminaron en mayo de 1940 y en los que participó, como oficial francés, el propio Gracq, concentrado en una misión absurda, en pie de guerra ante un enemigo que parecía tener un balcón con grandes vistas al bosque y estar cómodamente al acecho, pero sin la menor intención de asomarse por alguna parte. Gracq participó en esa conflagración y acabó prisionero, sostenido por ese imponente desprecio del que hablaban sus amigos y por esa serenidad y desapego que son uno de los rasgos más importantes de su carácter literario.

En los últimos tiempos, ese *desapego* de Gracq y ese quiebro a las heridas de la vida y ese saber soportar lo insostenible se manifiesta incluso en la manera lúcida en que, sin complacencia aunque con cierto asomo de ironía, hace su autorretrato en *Carnets du grand chemin*: «El mosaico de bienes raíces minúsculos que me pertenece, disperso y fragmentado por todo un cantón, me ha anclado a este terruño con lazos que nunca he roto, que en realidad nunca he intentado romper. Atribuyo a esta ascendencia vendean a mi carácter hogareño, mi desconfianza hacia los rostros desconocidos, el conservadurismo estereotipado de mis costumbres, el confinamiento en un círculo de relaciones reducido, sobre todo familiar, el placer de decir *no*; en una palabra, ese *dejadme en paz y pasad de largo* que fue — dejando a un lado todas las motivaciones sociales y religio-

sas— el motor definitorio del levantamiento vendeano de 1793».

No es Gracq precisamente un artista o un escritor portátil. Como él mismo dice, la falta de movilidad es el precio que ha pagado por la sólida vinculación a la tierra que este arraigo le ha proporcionado. «Nunca he tenido mucho que ver con las especies que viven al aire libre», dice. Con estas declaraciones de principios, el tono de Gracq ya está dado. Como dijo una vez, en frase célebre, su amigo André Breton: «Con este autor nos encontramos en la encrucijada de la poesía, la geografía y la historia». De todas formas ese autorretrato de Gracq en el que habla del mosaico de modestos bienes que le pertenece tiene algo de extraño si pensamos que es el autorretrato de un escritor que apenas descubre su pensamiento, que pretende ser discreto, que rechaza los hábitos literarios de su tiempo, que se niega a aparecer en las pantallas de televisión (considera que la imagen está reñida con la literatura, a la que sólo puede deformar), que insiste en que sus contados visitantes no reproduzcan sus palabras en forma de entrevista.

En su deseo de preservarse, de no ser molestado, de decir no, en definitiva, en ese «dejadme en mi rincón y pasad de largo» que Gracq atribuye a su ascendencia vendeana, se oyen, por supuesto, los ecos de Hölderlin y de Robert Walser. Ecos que conviven con los de los antepasados del escritor, aquellos que golpearon en sus tierras a las tropas de la Convención. De hecho, Gracq es un experto en resistir a París. Basta recordar cuando en 1950 rechazó el premio Goncourt, el más ambicionado galardón de las letras francesas. Su resistencia fue tal que, ante la insistencia del jurado en darle de todas formas el premio, llegó a acusarlos —yo creo que con toda la razón del mundo— de «abuso de poder».

Es asimismo un resistente de la escritura desde su legendaria *La littérature a l'estomac* («La literatura en el estómago»), ese profético panfleto de 1951, hoy en día tan

asombrosamente vigente cuando denuncia la degradación galopante de la literatura de nuestros tiempos y predice el *circo* mediático. En el Gracq de *Los ojos del bosque* (como perfectamente le será dado a observar al lector en esta perfecta, refinada, cuidadísima traducción de Jacqueline y Rafael Conte) hay siempre una búsqueda casi maniática de la palabra exacta, algo que a veces incluso tiene un aspecto exasperante para quien lo lee: lo que otros buscan, Gracq lo encuentra infaliblemente; es un admirable cazador de palabras, aunque su perfeccionamiento minucioso es en ocasiones tan admirable como turbador. Como muy bien se observa en la lenta exposición de los episodios sonámbulos de *Los ojos del bosque*, Gracq emplea siempre el tiempo que sea necesario en esforzarse por reflejar el más mínimo matiz, por fugaz que sea. Es un sorprendente paisajista, por ejemplo. Sitúa al paisaje como mínimo a la misma altura que los personajes. Busca describirnos el color del cielo a cierta hora del día, el paisaje descubierto en un recodo de la carretera, la forma de una hoja o de un árbol. Es siempre un paseante en constante alerta, tan en alerta como lo está el joven Grange, oficial francés emboscado literalmente en un tiempo paralizado. A lo largo de la absurda *drôle de guerre*, Grange no sabe nunca qué signo va a manifestarse, pero sólo espera el signo, se podría decir que vive para el signo, para la señal emboscada en el ojo invisible del enemigo del bosque. Grange me recuerda al narrador de *Nadja*, el emblemático texto de André Breton, el hombre cuyas palabras de aliento y de admiración en 1938 hacia *En el castillo de Argol* de Gracq (le bautizó como «el novelista del surrealismo») dieron el espaldarazo al entonces joven autor de Saint-Florent-le-Veil.

Sostiene Christopher Domínguez Michael —creo que con evidente acierto— que esa licencia bretoniana habla más del tradicionalismo profundo del sumo pontífice del surrealismo que del propio Gracq, pues en realidad el autor de *Los ojos del bosque* poco tiene —por no decir nada—

de experimental y lo que traía a colación con su castillo de Argol era nada menos que la leyenda del Santo Grial, tratada con una sagrada seriedad que hoy desconocen los Brown de turno. Lo que revelan los elogios de Breton es lo mucho que había en el surrealismo de solidez (en contraste con otros miserables *ismos* del siglo pasado), lo mucho que en el fondo había de clasicismo y de feliz regreso al simbolismo medieval. Para Gracq, nos dice Domínguez Michael, más que buscar un objeto milagroso, ir tras el Grial es cifrar la esencia de la condición humana.

En cualquier caso, al igual que el narrador de la surrealista *Nadja*, el oficial Grange está siempre a la espera de la aparición de un signo, a la espera de una señal. Recomiendo que la lectura de este libro de Gracq se haga siempre en un literario estado de alerta, siempre a la búsqueda del mayor número de señales dispersas a lo largo de la aparentemente tenue acción. Puede que lleguemos a descubrir entonces que el famoso «placer de la lectura» está emboscado en la espesura de las mejores líneas de este libro casi perfecto en el que nos es dado presenciar, con la lentitud precisa, cómo el oficial Grange rompe todas las ataduras que tenía con el pasado para situarse en una especie de isla donde *robinsoneará* hasta situarse en el centro mismo de un lugar ideal, con todo el tiempo en suspenso: un espacio iniciático, simbolizado por el búnker, donde acabará accediendo a una vida casi irreal, dichosa en su presente inmóvil. Los momentos, a partir de ese instante, tendrán tal fuerza que hasta anularán el exterior, la guerra de risa. El bosque y lo femenino se complementarán perfectamente cuando Grange encuentre a Mona y la serenidad de ésta le lleve a situaciones de felicidad edénica que permitirán que al final quede sólo en pie lo esencial de la condición humana, y con ella los escasos pero suficientes elementos con los que está escrita esta obra esencial.

Termino de escribir esto y luego contemplo cómo cae la noche sobre esta región tan bella, pero también tan som-

bría. Da un cierto pánico aquí siempre la caída de las sombras nocturnas. Hasta le entró ese miedo al imperturbable y poco sentimental Julio César, que en sus *Comentarios de la guerra de las Galias* anotó en pleno centro de las Ardenas: «El bosque es sombrío y lleno de terrores».

Por si esto no fuera poco, las Ardenas son también un país sombrío porque son la tierra por excelencia de las catástrofes militares (tres en los últimos cien años), siendo la última esa dolorosa *drôle de guerre* en la que, en contrapartida —añado ahora para sacudirme ciertos terrores nocturnos y trasladarlos a otro, al personaje de Gracq, por ejemplo—, un hombre llamado Grange conoció la más angustiosa despedida de la felicidad cuando se detuvo a escuchar el silencio que había alrededor de la casa de Mona, la mujer amada a la que ocho días antes él había dejado. Las techumbres rígidas de los muros parecían volver la noche mucho más nítida y hueca. Notó que el silencio era absoluto, pero ya no era el del bosque. Era como un silencio viudo. Recordó cuando conoció a Mona y ella le dijo: «¡Soy viuda!». «¡Qué historia!», pensó. Su breve aventura de guerra había terminado. Un vacío fantasmal lo rodeaba. Dentro de un rato, me digo yo ahora, levantaré la manta hasta mi cabeza y me dormiré en este albergue sombrío. El mundo, como la guerra, se deslizarán entonces a lo lejos. Irá con ellos el vacío y el grito de la zumaya en la linde más cercana a los ojos de este bosque lleno de terrores. Yo quiero pensar que marchó, en cualquier caso, hacia el «soy muy feliz» y el sereno retiro gracquiano. Y con esa idea hasta la lluvia de afuera me calma, como la nieve a su vez calma a esa lluvia.

ENRIQUE VILA-MATAS

*He! ho! Waldhüter ihr
Schlafhüter mitsammen
So wacht doch mindest am Morgen*

[¡Eh! Guardianes del bosque,
guardianes más bien del sueño,
velad al menos la aurora]

WAGNER, *Parsifal*

Una vez que su tren hubo atravesado los suburbios y humaredas de Charleville, al alférez Grange le pareció que la fealdad del mundo se disipaba: advirtió que ya no tenía ni una sola casa a la vista. El tren, que seguía el lento curso del río, se internaba primero por entre mediocres contrafuertes de lomas cubiertas de helechos y aulagas. Después, a cada curva del río, el valle se iba abriendo camino mientras el ruido del tren repercutía en el seno de la soledad contra los acantilados y un viento crudo, cortante ya en el atardecer otoñal, le refrescaba el rostro al asomar la cabeza por la puerta del vagón. La vía cambiaba a su antojo de orilla, atravesaba el Mosa sobre puentes hechos de un solo tramo de viguerías de hierro, y a ratos se internaba en algún corto túnel a través del desfiladero de un meandro. Una vez reaparecido el valle, centelleante de temblores bajo la luz dorada —la garganta siempre se hundía entre las dos cortinas de bosque— el Mosa parecía más lento y sombrío, como si se deslizara sobre un lecho de hojas podridas. El tren estaba vacío: se hubiese dicho que hacía el servicio entre aquellas soledades por el único placer de circular en la frescura del atardecer, entre las laderas de bosques amarillos que mordían cada vez más arriba en el purísimo azul del atardecer de octubre: a lo largo del río, los árboles liberaban tan solo una estrecha banda de pradera, tan nítida como el césped inglés. «Es un tren que lleva al *Dominio de Arnheim*», pensó el alférez, gran lector de Edgar Poe, y mientras encendía un cigarrillo retrepó la cabeza en el cazarzo de sarga para seguir con la mirada, muy por encima de él, la cresta de los acantilados desmelenados que se perfilaban gloriosamente contra el sol del poniente. En las perspectivas de las gargantas afluentes, boscosas lontananzas se perdían tras el azul ceniza del humo del cigarrillo; se

advertía que la tierra aquí se encrespaba bajo aquel bosque tupido y sarmentoso de manera tan natural como el pelo rizado en la cabeza de un negro. Pese a todo, la fealdad no se dejaba olvidar por completo; de cuando en cuando, el tren se detenía en pequeñas estaciones podridas, color de mineral de hierro, que se aferraban en terraplén entre el río y el acantilado; contra el azul guerrero de los vidrios, ya diluido, soldados de caqui dormitaban sentados a horcajadas en las carretillas del correo, y después el verde valle aparecía como piojoso en algún momento: se atravesaban lúgubres casas amarillentas, esculpidas en ocre, que parecían espolvorear polvo de las canteras de yeso sobre la verdura en torno, y cuando el ojo desencantado regresaba hacia el Mosa divisaba ahora de trecho en trecho las pequeñas casamatas recientes de ladrillo y hormigón, de tosca confección, y a lo largo de la orilla las redes de alambradas donde las crecidas del río suspendían matojos de hierba podrida: antes incluso de que sonara el primer cañonazo, la herrumbre y los abrojos de la guerra, su olor a tierra desgarrada, su abandono de solar, deshonoraban ya aquel cantón intacto de la Galia desmelenada.

Cuando bajó en la estación de Moriarmé, la sombra del enorme acantilado alcanzaba ya a la pequeña ciudad; de repente hacía frío; una sirena le soltó a bocajarro su bramido, como si le golpearan entre los hombros con un trapo mojado, pero se trataba de la sirena de una fábrica que no hizo más que derramar en la plazuela un tétrico rebaño de norteafricanos. Recordó que en ocasiones, en las noches de vacaciones, tendía el oído hacia la sirena de los bomberos municipales: un toque era señal de fuego en una chimenea, dos, un incendio en el poblado, tres, un siniestro en una granja lejana. El tercer toque hacía pasar a lo largo de las inquietas encrucijadas un suspiro de alivio. «Aquí será al revés —pensó—, un toque para la paz, tres para las bombas: se trata de saber distinguir.» En aquella guerra todo parecía abrirse camino de manera extraña. Se hizo indicar por el

oficial de la estación el Cuartel General del Regimiento. Deambulaba ahora por una calle pobre y gris que desembocaba en el Mosa; el rápido crepúsculo de octubre la vaciaba de paseantes civiles, pero por todas partes rezumaba de las fachadas amarillas el rumor de la soldadesca: tintineos de cascos y escudillas, choques de suelas claveteadas contra las baldosas: «Si se cierran los ojos unos segundos —pensó Grange—, los ejércitos modernos siguen resonando aún con todas las armaduras de la guerra de los Cien Años.»

A la orilla del Mosa, el puesto de mando del regimiento era un pabellón suburbial y triste de piedra molar, separado del muelle por una reja y un famélico arriate, ya talado por el pisoteo militar, donde unas bicicletas se apoyaban en el tronco pelado de las lilas: como en la piquera demasiado estrecha de una colmena, dos meses de acantonamiento militar habían corroído hasta los tuétanos el entarimado, los zócalos y los muros del corredor hasta la altura de un hombre. Grange esperó bastante tiempo en una habitación polvorienta en la que una máquina de escribir tableteaba en la penumbra de los postigos semientornados: de cuando en cuando, el furriel, sin levantar la cabeza, aplastaba una colilla en una esquina de la mesa de dibujo: el pabellón debió de albergar a un ingeniero de la fundición. A través del resquicio de los postigos el muro de árboles parecía pegado a la ventana hasta el techo, por encima del Mosa, muy sombrío ahora a lo largo de su orilla de escoria de hierro: algunos gritos infantiles subían a veces de la calle, amortiguados por el pesado aire bélico, insignificantes como gritos de conejo. Cuando entrechocó los tacones en el despacho todavía bastante claro del coronel, al alférez Grange le sorprendió su mirada de ojos gris marino y la boca apenas sin labios bajo el duro cepillo del bigote: el coronel se parecía a Moltke: había en aquella mirada un impulso de vida agudo y repentino, pero enseguida los ojos se velaban tras una nube y se replegaban bajo el párpado pesado: la expresión

se convertía en cansancio, pero un cansancio astuto que no era más que parsimonia: tras aquella quietud de halcón encapuchado se advertía la garra lista.

Grange entregó la orden de misión de su depósito; el coronel comprobó el horario del viaje. Tenía delante unas hojas que arrugó con dedo distraído. Grange sintió que aquellos papeles se referían a él: debía de tener un expediente en la seguridad militar.

—Le destino al fortín de las Hautes Falizes —dijo el coronel tras unos momentos, con el tono neutro del servicio. Sin embargo, atravesaba la frase una intención secreta, pues sus ojos se achicaron un momento, endureciéndose —. Subirá usted mañana por la mañana con el capitán Vignaud. Por hoy, quedará usted afectado a la compañía acorazada.

La cena en la compañía acorazada apenas agradaba a Grange; embarcado en aquella guerra que rodaba en punto muerto, como en sordina, no pensaba en refunfuñar por la posible tarea, pero tampoco participaba, e instintivamente, cada vez que podía, conservaba su reserva y guardaba distancias. Cuando hubo cargado su cantina en la camioneta que tenía que subirle hasta las Falizes, se hizo servir huevos y jamón en un pobre café obrero de la calle Baja que ya cerraba sus puertas, y después marchó hacia su alojamiento a través de las calles pronto clausuradas en las que resonaba el paso de las patrullas.

La habitación era una buhardilla bastante estrecha cuyas ventanas daban al Mosa; en el rincón opuesto a la cama de hierro se secaban algunas frutas extendidas sobre viejos papeles de periódico que tapizaban una cómoda banal: el olor obsesionante y dulzón de las manzanas agridulces era tan agresivo, que experimentó una náusea. Abrió las ventanas de par en par y se sentó sobre un baúl, completamente despejado. Las sábanas y las mantas olían a manzanas podridas como una prensa vieja; empujó la cama hacia la ventana abierta. La llama de la vela vaciló bajo la lenta corrien-

te de aire que llegaba del río; entre los cabrios del techo se veían las pesadas losas de esquisto del Mosa, de un extraño color de hez de vino. Se desnudó malhumorado: aquel poblado de fundiciones, aquellas callejuelas color carbón, el coronel, las manzanas, todo le desagradaba, en aquella toma de contacto con la vida de acantonamiento. «Una casa-fuerte —pensaba—, ¿qué podrá ser eso?» Buscó entre sus ya lejanos recuerdos del reglamento, acerca del uso de las fortificaciones de campo: No, decididamente no había nada. Aquello tendría más bien algo que ver con el código de justicia militar: encontraba en la palabra algo poco tranquilizador, que hacía pensar a un tiempo en una casa de detención y en la Force, que también era una prisión. Cuando apagó la vela, todo cambió. Acostado de lado, su mirada se sumía en el Mosa; la luna había emergido por encima del acantilado; solo se oía el tranquilo sonido del agua que se deslizaba sobre la cresta de un dique sumergido y los graznidos de los mochuelos encaramados muy cerca en los árboles de la otra orilla. La pequeña ciudad se había desvanecido con sus humaredas; el olor de los grandes bosques se deslizaba con la bruma de los acantilados, y la anegaba hasta el fondo de sus fábricas y callejas; ya no había más que la noche estrellada y en su torno leguas y leguas de bosque. Regresaba el encanto de la tarde. Grange pensó que la mitad de su vida le iba a ser devuelta: en tiempo de guerra las noches parecen pobladas. «Al raso...», pensó, y soñaba de manera confusa con angostos caminos blancos bajo la luna entre las charcas negras de los redondos manzanos, con campamentos en los bosques repletos de sorpresas y alimañas. Se durmió con la mano colgando de la cama por encima del Mosa como desde la tablazón de una barca: el mañana estaba ya muy lejano.

Una vez dejadas atrás las últimas casas de Moriarmé, terminaba el asfalto, mientras empezaban las primeras curvas. Se